

GLORIAS DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE.

DISCURSO TRECE.

§. I.

Testifica Abrahan Ortelio haber leído en unos fragmentos de Salustio, que en los antiguos tiempos, quando la juventud Española se preparaba para salir à la guerra, sus madres les recordaban los valerosos hechos de sus padres, para encender sus marciales espiritus à la imitación de sus mayores. Así servian à la defensa de la Pátria uno, y otro sexò: el fuerte con el exercicio, el débil con el influxo.

2 Aquel exemplo me he propuesto seguir en este Discurso, cuyo assumpto es mostrar à la España moderna la España antigua: à los Españoles, que viven hoy, las glorias de sus progenitores: à los hijos el mérito de los padres; porque estimulados à la imitación no desdigan las ramas del tronco, y la raíz. Dé leccion un siglo à otro siglo. En el mismo clima vivimos, de las mismas influencias gozamos, que nuestros antepasados. Luego quanto es de parte de la naturaleza, la misma indole, igual habilidad, iguales fuerzas hay en nosotros, que en ellos, y acaso superiores à las de otras Naciones. Lastima será que cedamos à estas en el uso, haciendo excesos en la facultad.

3 El caso es, que el vulgo de los Estrangeros atribuye en nosotros à defecto de habilidad lo que solo es falta de aplicacion. Regulan à España por la vecindad de la Africa. Apenas nos distinguen de aquellos barbaros, sino en idioma, y Religion. Nuestra pereza, ò nuestra desgracia, de un siglo à esta parte, ha producido este injurioso concepto de

de la Nacion Española: error, que el debido afecto à la patria me mueve à impugnar, y es justo salga à este Theatro por tan comun.

4 Probarán la justicia de nuestra causa los hechos de los Españoles, y los dichos de los Estrangeros: digo de aquellos Estrangeros, que por haber existido antes que entre nuestra Nacion, y las suyas naciese la emulacion, carecieron del mayor estorvo, que tiene contra sí la verdad. En quanto à los hechos de los Españoles será preciso proponer solo como en bosquejo los mas insignes, pues no hay campo para mostrar, ni aun reducidas al mas compendioso epitome, tantas Historias. Harémos lo que los Geografos, que para dibujar Region grande en poco lienzo, solo apuntan con breves caracteres las poblaciones mayores.

§. II.

5 España, à quien hoy desprecia el vulgo de las Naciones Estrangeras, fue altamente celebrada en otro tiempo por las mismas Naciones Estrangeras en sus mejores plumas. Ninguna le ha disputado el esfuerzo, la grandeza de ánimo, la constancia, la gloria militar con preferencia à los habitantes de todos los demás Reynos. Tucídides testifica, que eran los Españoles *sin controversia los mas belicosos entre todos los barbaros*. Donde se advierte, que los Griegos (qual lo era Tucídides) llamaban barbaros à todos los que no eran de su país, ó no hablaban su idioma, lo que practicaron tambien los Romanos. Así esta voz no era injuriosa entre ellos, como hoy lo es entre nosotros, porque barbaros significaba Estrangeros, y nada mas. Por eso Ovidio decia de sí, que era barbaro entre los Getas, porque nadie entendía allí su language: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli*. Diodoro Siculo, tanto à la Caballería, como à la Infantería Española, concede ventajas, así en la fuerza para el combate, como en la tolerancia para las incomodidades de la guerra. Justino celebra los animos Españoles por intrepidos para la muerte, y amantes de las fatigas militares; lo que Silio Italico con mas fuer-

te encarecimiento aplica à los Gallegos, afirmando, que estos tenian por ocupacion indigna de hombres todo lo que no era manejar las armas en la campaña:

Segne viris quidquid sine duro Marte gerendum est.

Cito à este Autor, aunque Español, segun la opinion mas probable, que le hace natural de Sevilla, porque respecto de Galicia, para cuyo elogio le alego, bien indiferente es un Andaluz. Estrabón, que es harto Estrangero, pues fue oriundo de Creta, y nació en Capadocia, confirma el dicho de Sillio Italico, llamando à los Gallegos gente sumamente guerrera, y dificultosissima de conquistar: *Bellacissimi, & subiugatu difficillimi.*

6 Volviendo à los Españoles en general, Libio los llama *gente fera, y belicosa.* Y en otra parte advierte, que es nuestra Nacion la mas apta, *entre quantas tiene el mundo,* para reparar las ruinas de la guerra, no solo por la oportunidad de los sitios, mas tambien por el genio, è ingenio de los naturales. Dionysio Afro le dá el atributo de *magnanima. Tibulo de atrevida. Lucio Floro de guerreadora, de noble en armas, y varones fuertes,* y lo que es mas que todo, la apellida *Maestra del grande Annibal* en la profesion Militar: elogio, en quien si quisiesemos alargar la pluma, se nos abria espacioso campo à magnificas declamaciones. Pero no es menor el de Vegecio, el qual confiesa, que exceden en fortaleza los Españoles à los Romanos.

7 No hacen menos justicia à España los Estrangeros de los tiempos posteriores. Celio Rodiginio, despues de referir, como habiendo Porcio Caton despojado de las armas à los Españoles, que habitaban de la otra parte del Ebro, muchos de sentimiento se quitaron voluntariamente la vida, añade, que es proprio de la ferocidad Española despreciar la vida, falrandole el uso de las armas. El Guicciardino asegura, que los experimentos de su tiempo mostraban, que el valor Español, especialmente de la Infantería, correspondia exactamente à la antigua fama de la Nacion, y que generalmente ninguna hay que la exceda en agilidad, è industria para los

los sitios de Plazas fuertes. Felipe Cluverio confirma, que no en uno, ù otro siglo, sino siempre, y en todos tiempos es España fecundisima en la produccion de espíritus marciales.

§. III.

8 **N**O deberían quedar enteramente satisfechos los Españoles, si los Estrangeros no les concediesen otra prerrogativa que la ventaja de las armas, yá porque es muy limitado elogio el que se ciñe à sola una prenda; yá porque la osadia del corazon, la intrepidez de los peligros de la guerra, separada de otras qualidades nobles, que ilustran la naturaleza racional, no es tan propria de hombres, como de brutos, y mas debe llamarse ferocidad, que valor. La bizzarria con que se expone la vida à los mayores riesgos, no subsiste sino en dos extremos muy distantes: Si proviene de un impetu ciego, degenera en irracionalidad; si nace de celsitud de ánimo, constituye aquel grado eminente, y como sobrehumano, que llamamos heroismo. No hay medio. La animosidad intrépida para entrar, yá por los rigores del acero, yá por los horrores de la polvora, ò eleva al hombre sobre los hombres, ò le coloca entre los brutos. Para discernir à qué clase pertenece el que es soberanamente osado, se ha de atender al caracter de su espíritu, y al motivo, que le alienta. El que en el trato comun es intratable, altivo, ardiente, feroz, desapacible, dá motivo para creer que lo que en él se llama valor no es sino fiereza. Aun en los empeños mas justos no obra por impulso de la razon, sino en virtud de un movimiento maquinario que le determina à todo genero de arrojios. Busca en los peligros de la guerra, el desahogo de su proprio genio; no la defensa de la Religion, ò la patria. Al contrario en el de indole grave, benevola, apacible, urbana, se debe juzgar, que quanto esfuerzo muestra en la campaña, es hijo legitimo de la virtud de la fortaleza, y que dueño de sí mismo, acomoda sus acciones al theatro, yá ocasion en que se halla.

9 La pintura, que hacen del genio Español las plumas

Es-

Estrangeras, representa en él todos aquellos nobles atributos, que hermoſeando la parte racional, dán à su valentía todo el lustre de un virtuoso, y verdadero valor.

10 Abrahán Ortelio (en el Mundo antiguo, sobre el Mapa de España) recogiendo los dichos de varios Autores, atribuye à los Españoles, entre otras excelencias, la de liberales, benignos, obsequiosos con los forasteros; en tanto grado, que con honrada emulacion compiten entre sí sobre servirlos, y agasajarlos. ¡O heroicidad, y discrecion Española! Esto es saber distribuir segun las oportunidades el uso de las virtudes, y distinguir en los Estrangeros la qualidad de enemigos de la substancia de hombres. Quando éstos con mano armada acometen sus confines, no encuentran en los Españoles sino ira, furor, corage, hierro, y fuego. Quando pacíficos, y desarmados quisieren pasar nuestra peninsula, todo es experimentar humanidad, cariño, bizarria.

11 El mismo Autor dice, que era costumbre de los Españoles entrar cantando en las batallas: *Pralia aggrediuntur carminibus*. Corazones igualmente despejados de los temblores del susto, que de los atropellamientos del arrojó, emprendian festivos de la defensa de la Patria, mezclando el aprecio de la gloria con la desestimacion del riesgo.

12 Paulo Merula celebra el amor de los Españoles à la justicia, la integridad, y vigilancia de nuestros Magistrados en la administracion de ella, sin respeto à acepcion de personas: añadiendo, que por la severa, y cuidadosa aplicacion de los Jueces, son muy raros, ò ningunos en España los latrocinios. Es cierto, que no podemos gloriarnos hoy de la dicha de que haya pocos ladrones en España. Mas no por eso deberemos quejarnos de la omision de los Jueces, sino de nuestras culpas, que han merecido à la severidad Divina la permission de la multitud de latrocinios entre otros muchos azotes. Es práctica comun de la Justicia soberana usar de los delinquentes, como instrumento para castigar à otros delinquentes.

13 Justino recomienda en sumo grado la honradéz Española

pañola en la fiel custodia de los secretos, que se le confian, diciendo ser muy frecuente en los nuestros rendir la vida en los tormentos, por no revelar las noticias, que han adquirido en confianza: *Sepe tormentis pro silentio rerum immortui: adeo illis fortior taciturnitatis cura, quam vita.*

14 La fidelidad de los Españoles en la correspondencia del comercio, se halla altamente acreditada con la experiencia, que tanto tiempo há hacen de ella los Comerciantes Estrangeros, valiendose de los nuestros para despachar sus mercadurias en las Indias Occidentales. Jacobo Sabari en varias partes de su Diccionario de Comercio, habla con admiracion, y asombro de esta fidelidad Española. Dice (verb. *Comerce d' Espagne*) que hasta ahora jamás se vió Español, que fuese infiel al Estrangero, que le hizo confidente suyo: Y en otra parte, que en las mas duras, y sangrientas guerras han observado en su particular inviolablemente esta lealtad con los mismos à quienes en comun tenian por enemigos.

15 Verdaderamente es prodigio singularísimo, que una oportunidad tan favorable para enriquecerse à costa agena, sin contingencia, ò riesgo alguno, no haya sido poderosa, para que algun Español en tan largo discurso de tiempo faltase jamás à la fé, y palabra dada al Mercader Estrangero. No apruebo; antes abomino con toda la alma, el que los nacionales sirvan de instrumento para sus ganancias à los Estrangeros., especialmente en la circunstancia de ser enemigos de la República, faltando juntamente à las leyes de su Soberano, y perjudicando à los intereses del publico. Mas supuesta esta iniqua convencion, no dexa de arguir una gran generosidad (aunque mal aplicada) en los corazones Españoles, el que ninguno, aun brindado de crecidísimos intereses, haya cedido jamás al dominante atractivo del oro, violando el pacto estipulado.

16 Porque fuera inmensa obra recoger todos los dichos de Autores Estrangeros à favor de los genios de nuestra Nacion, concluiré con los testimonios de Hugon Sempilio, y Latino Pacato, porque comprehenden quanto se puede de-

cir, ó pensar en el asunto, no solo para addequar nuestro derecho, mas aun para satisfacer, si la tenemos, nuestra vanidad. El primero (*de Mathemat. lib. 8, pag. 135.*) nos dá todos los epitetos siguientes: *Observantisimos de la amistad, graves en las costumbres, templados en comida, y bebida, de feliz juicio, adornados de ingenio, y memoria, tolerantisimos de la hambre, y sed en la guerra, sagacisimos para estratagemas, fidelisimos à los Soberanos.*

17 El segundo en el Panegyrico, que hizo al gran Theodosio, despues de decir, *que España es la mas feliz de todas las Regiones del Orbe, y que el Supremo Artifice puso mas cuidado en cultivarla, y enriquecerla, que à todas las demás*, porque no se entendiese, que este elogio se limitaba à la fertilidad material del terreno, ò à sus minas de plata, y oro, luego celebra à nuestra Region por otra fecundidad mucho mas preciosa, que es la de producir gran copia de hombres insignes en virtud, y habilidad para todo genero de empleos: *Esta tierra (dice) es la que engendra los valentisimos Soldados, los excelentes Caudillos, los eloquentisimos Oradores, los ilustres Poetas, los rectisimos Jueces, los admirables Principes.* ¡O quanto debe nuestra tierra al Cielo, pues parece que sobre ella derrama congregados quantos benignos influxos tiene repartidos en la varia actividad de sus Planetas! Solo España dá hombres grandes para todo, siendo excepcion de aquella regla general: *Non omnis fert omnia tellus.*

Apostrophe
al Señor In-
fante Don
Carlos.

18 **A** Qui, Serenísimo Infante, y amabilísimo dueño mio, debaxo de cuya soberana proteccion sale à luz este Tomo, me sea licito formar la dulce idea de que dobladas las rodillas à los pies de V. A. pongo en sus manos las deposiciones de todos los Autores Estrangeros, que he alegado, para serenar aquella honrada, y generosa turbacion, que en el nobilísimo animo de V. A. ocasionó la inconsiderada critica de un Autor Aleman contra la Nacion Española, al leerla estampada en mi segun-

do Tomo. Vea V. A. quantas sábias plumas Estrangeras nos desagavian del ultrage, que en quanto à las calidades del espiritu nos hizo aquel Escritor; pues por lo que mira à las del cuerpo, trabajo inutil sería revolver libros para repeler la injuria, estando patente la falsedad à la vista. Disculpe en esta parte su profesion à su ignorancia; pues un Religioso está muy desviado del mundo para hacer justo concepto de la traza, genios, y costumbres de Naciones distantes de la suya. Sin esa circunstancia, sería cosa admirable, que un Alemán asquease tanto la disposicion de nuestros cuerpos, como si aquellas casi inanimadas masas de carne, que produce su tierra, fuesen comparables con el garvó, soltura, y agilidad Española. Pero vuelvo al hilo de mi discurso.

§. V.

19 **H**asta ahora hemos hecho la apologia de nuestra Nacion con el testimonio de Autores Estrangeros. Yá es tiempo que tome vuelo la pluma para lustrar mas dilatado, y ameno campo, descubriendo las glorias de España, no en dichos de testigos forasteros, sino en los hechos de los mismos Españoles. Correré muchos siglos en pocas paginas, empezando desde aquel de cuyos sucesos debemos alguna clara luz à las Romanas Historias, pues en los antecedentes aun los ojos mas linceos no vén sino tinieblas.

20 En aquella infeliz batalla, en que Anibal, destrozando à los Olcades, Vacceos, y Carpetanos, sujetó al Africano dominio la mayor parte de nuestra peninsula, hubiera empezado à brillar la virtud Española, si no la eclipsára su demasiado ardimiento. Livio confiesa, que el Ejército Español era invencible, y triunfaría en el combate, á no estorvarlo la desigualdad del sitio: *Invicta acies, si equò dimicaretur campo.* Arrojaronse temerarios nuestros Soldados sin orden, ni consulta de sus Caudillos, rompiendo las aguas del Tajo por atacar à los Cartagineses, que dominaban la orilla contrapuesta con

su Caballería; y abanzandose ésta à recibirlos en medio de la corriente, le fue facil vencer à quienes, por no tener donde firmar los pies, no podian jugar las manos: à que se añadió, que à los mas arrebató el rápido curso del Rio, antes que pudiesen hacer frente al enemigo acero.

21 Siguióse à aquella batalla el sitio, y ruina de Sagunto, cuya porfiada resistencia de ocho meses à ciento y cinquenta mil combatientes, acreditó tanto su constancia, su valor, y su fineza por los Romanos, como llenó à estos de oprobrio por la fria lentitud, ò por mejor decir, total omision en socorrer à tan generosos aliados. Pudieron redimir las vidas rindiendo las armas, y mudando de suelo, que estos pactos les propuso Anibal; pero prefirieron morir con las armas en la mano, y ser sepultados en Sagunto, à vivir desarmados fuera de Sagunto, no hallandose en tan numerosa poblacion ni un hombre solo, que quisiese sobrevivir al estrago de la Patria (a).

§. VI.

22 **L**Os que con mas reflexion atienden el grande proyecto de Anibal, de introducirse à hacer guerra à los Romanos en el corazon de Italia, justamente le conciben como el ultimo, ò supremo esfuerzo à que puede llegar la humana osadía. El señor de San Euremont prefiere esta empresa à todas las de Alexandro Magno. No fue tan admirable la execucion como el proposito. Constró aquella expedicion de tantos sucesos arduos, y felices, quantos se pueden esperar del valor, y la prudencia, confederados con la fortuna. Pero lo mas portentoso es, que comprehendiendo Anibal todas las dificultades, y riesgos

(a) Las muchas conquistas, que antes de Anibal hicieron los Cartagineses en España, nada desacreditan el valor Español. Estrabon dice, que los Españoles estaban totalmente desunidos entonces, sin comercio, sin alianza de unos Pueblos con otros. Asi, no pudiendo resistir cada pequeño territorio à un Exército entero, uno despues de otro fue facil subyugarlos à todos.

gos de aquella empresa, al representarse unidas en su mente, concibiese la resolucion, y esperanza de superar tantos peligros, y estorvos. No ignoraba, que para hacerse paso por las Galias habia de romper por muchas Naciones enemigas: que en el pasage de los Alpes habia de tener por enemiga la misma naturaleza; que vencido todo esto, metería su Exército muy disminuido en una Region donde no poseía un palmo de tierra; que se habia de hacer la guerra contra un estado poderoso, y formidable; que para asegurarse dentro de Italia era menester ganar no una batalla, sino muchas, ò por mejor decir todas, al paso que una sola, que perdiese, era imposible reforzarse, ò retirarse. A las insuperables dificultades, que ponía à su empresa la República enemiga, se añadian las que razonablemente debia temer de parte de la propria. Annibal no era mas que un particular en Cartago, donde eran muchos los que llevaban mal, que rompiese con los Romanos. Hallabase, es verdad, asistido de una faccion poderosa; pero aun prescindiendo de las ordinarias contingencias de que en una República libre se transfiera el mayor peso de un brazo à otro de la balanza, la faccion opuesta, sostenida de los creditos de Hannon, podria, si no cortarle los pasos, hacerlos inutilis con la escasez, y tardanza de los socorros.

23 Si este gigante cúmulo de embarazos, dificultades, y riesgos, se considera en el proyecto de Annibal antes de empezar tan grande obra, sin atender à la grande mente, que le habia ideado, y al gran corazon que le tenía resuelto, se graduará sin duda de temeridad, locura, y delirio. Pero Annibal, al paso que extremamente osado, era igualmente cauto, perspicáz, advertido. Su designio fue hijo de una meditacion muy pausada; no aborto de un raptó de furor, ò colera. Luego es de creer, que tuvo fundamentos sólidos para esperar el logro de tan ardua empresa; y que considerando con sábia reflexion sus fuerzas, las halló muy probablemente superiores à las de los Romanos. La cantidad de sus tropas no podia inspirarle

esta confianza; pues aunque podía sacar, y de hecho sacó un grueso Ejército de España, se debía hacer cuenta de los grandes menoscabos, que habia de padecer en un camino tan largo, donde en cada paso se pisaba un peligro; y que puesto en Italia, aunque se idease una continua série de prósperos sucesos, estos mismos le habian de ir disminuyendo la gente, al paso que los Romanos siempre quedaban con fondos bastantes para reparar las ruinas. Luego es preciso confesar, que le alentó, no la cantidad, sino la calidad de las Tropas.

24. Estas se componían de Africanos, y Españoles. De unos, y otros tenía sobrada experiencia en la guerra de España. Lo primero que se presenta al discurso es, que habiendo vencido los Africanos à los Españoles, juzgó, que no tendrían dificultad en triunfar de los Romanos. Esto bastaría para gloria de nuestra Nacion. Pero otra mayor descubro, atendiendo à la conducta de Annibal en el discurso de aquella guerra. Es constante, que Annibal, quando se presentaba en el combate, ponía los Soldados Españoles en la vanguardia, ò frente del Ejército. Cuentalo Livio, el qual añade, que estos eran la fuerza principal del Ejército de Annibal: *Ab Annibale Hispani primam obtinebant frontem: & in roboris in omni exercitu erat* (decad. 3, lib. 7.) Luego mas confianza hacia el Caudillo Africano de los Soldados de nuestra Nacion, que de los de la suya.

25. Desde la primera accion empezaron los nuestros à desempeñarse del concepto en que los tenía Annibal. Hablo del tránsito del Rhodano, à quien esguazando los primeros, dieron furiosamente sobre las Tropas de Publio Cornelio, que defendian el paso, quedando aún el grueso del Ejército Africano en la opuesta orilla. ¡O qué diferente se nos representan los Españoles en el Rhodano, que en el Tajo! Uno, y otro Rio acometen intrépidos. Pero en el Tajo son vencidos, en el Rhodano vencedores. Tenían Caudillo en el Rhodano; faltóles en el Tajo. Nunca Annibal hubiera vencido à los Españoles, si estos fue-

fuesen comandados de otro Gefe, como Annibal. Siempre que tubieron cabeza proporcionada à su corazon, fueron invencibles.

§. VII.

26. **V**ióse esto en las guerras, que tuvieron acaudillados de Viriario, y de Sertorio. Debaxo de las Vaderas del primero destrozaron varias veces à los Romanos; y en fin estos apelaron à la alevosía para quitar à los Españoles tan glorioso Gefe, corrompiendo à sus propios domesticos para que le quitasen la vida: en cuya torpeza tacitamente confesaron, como dice Lucio Floro, que era imposible vencerle de otro modo.

27. Lo proprio hicieron con Quinto Sertorio. Venció éste en muchos encuentros à los Romanos, siendo comandados estos (lo que es muy ponderable) yá por Metelo, yá por el primer Pompeyo. En fin Marco Perpenna, uno de los Proscriptos de Roma, brindado con la esperanza del perdón, le mató perfidamente en medio de un festin. Así hacian los Romanos la guerra en España, no hallando otro medio para su conquista, que la traycion.

28. No con mas generosidad, y limpieza procedieron en la guerra de Numancia. Por espacio de catorce años resistió esta pequeña República todos los esfuerzos de la Romana Potencia. Con solos quatro mil Soldados (segun Lucio Floro) triunfó diferentes veces de un Ejército de quarenta mil. Y aunque con Veleyo Paterculo concedamos, que llegaron tal vez los Numantinos à juntar diez mil guerreros, siempre queda en la enorme inferioridad del numero altamente acreditada la ventaja del valor. Dos veces obligaron à los Romanos à pedirles humildes la paz, y se la concedieron, pudiendo destruirlos enteramente. Capitularon la primera con el Consul Pompeyo Rufo, la segunda con Hostilio Mancino, que sucedió à aquel en el comando del Ejército. En tal consternacion habian puesto con repetidas roras à los Romanos, que yá les faltaba à estos el animo, y el aliento para vér la cara, ò oír la voz de qualquier vecino de Numancia. Esto no lo dice al-

gun Autor Español, sino Romano, y de los mas ilustres: *Ut ne oculos quidem, aut vocem Numantini viri quisquam sustineret.* (Luc. Flor. lib. 2, cap. 17.) Dos veces, dixen, les pidieron humildes la paz; dos veces la tuvieron, y dos veces iniquamente la violaron. Es verdad, que respecto à la soberbia del Pueblo Romano, las condiciones habian sido ignominiosas; pero con ellas habian redimido las vidas, quando tenían puestas las gargantas debaxo de los aceros Numantinos; en cuya circunstancia, ¿quién, sino un insensato, espera capitulaciones honradas? Y especialmente quando es que se humilla es el que movió injustamente la guerra, como consta, que los Romanos lo hicieron? en todo fue consiguiente su ruin proceder; pues habiendo empezado iniquamente la guerra, dos veces violaron pérfidamente la paz. Al fin venació à los Numantinos, no el valor Romano, sino la hambre; en cuyo ultimo apuro, quitandose voluntariamente las vidas, yá con el hierro, yá con el fuego, no dexaron à la codicia de los conquistadores otro despojo, que sus proprias cenizas.

§. VIII.

29 Siempre que me vienen à la memoria las conquistas con que se engrandeció el Imperio Romano, y el aplauso con que el mundo las elamorea, admirando al mismo tiempo aquella República como la norma de todas en quanto à las virtudes Políticas, y Militares, no puedo menos de lastimarme de la debilidad del juicio humano, que dexandose facilmente deslumbrar de un falso resplandor, apenas en materia alguna acierta à mirar con ojos fixos la verdad. ¿Qué fué la República Romana? Una gavilla de Ladrones, que engrosandose mas, y mas cada dia, empezó robando ganados, prosiguió robando poblaciones, y acabó robando Reynos. El origen Régio de Romulo es tan incierto, que no faltan justisimos titulos para colocarle entre las Fabulas. Graves Autores juzgan, que bien lexos de ser de la estirpe de los Reyes de Alba, ni aun era natural de Italia, sino un vagabundo ad-

advenedizo. Diocles, Autor Griego, fue el primero (segun refiere Plutarco) que hizo al Fundador de Roma nieto de un Rey, è hijo de un Dios, agregando à esta ficcion todas las demás, que la acompañan, y cuyo texto muestra por todas partes el carácter de fabula Griega. ¿Pero qué habia de hacer la vanidad Romana, que se veía tan lisonjeada con ella, sino admitirla como verdadera historia? Son siempre felices los embustes, que dan ilustre origen à qualesquiera Naciones. Un adulador los forja. El Pueblo, sino los cree, quiere por lo menos que se crean. Esto basta para que nadie se atreva à impugnarlos, y para que muchos los vayan transcribiendo como verdades inconcusas. Con que à la vuelta de dos, ò tres siglos, si alguno quiere escribir con desengaño, ò mostrarse dubitante en la materia, es despreciado como un temerario, que se opone à una posesion inmemorial, y à una constante tradicion.

30 El hecho del robo de las Sabinas es una conjetura tan eficaz de que es fabula quanto se dice del augusto origen de Romulo, que pasa de conjetura. ¿Es creíble, que un Príncipe tan ilustre descendiente de los Reyes de Alba, dominacion famosísima en Italia, no habia de hallar para esposa la hija de algun Reyezuelo vecino? Es creíble, que no encontrase arbitrio para casarse, sino el engaño, y el robo? Lo mismo digo à proporcion de sus subditos, y especialmente de los que entre ellos eran mas poderosos. ¿Cómo podian faltar para ellos mugeres en los Pueblos inmediatos? Esto hace creer, que los demás Estados de Italia miraban entonces la nueva Colonia como una coleccion de gente vil, establecida por el robo: al modo que nosotros consideraríamos una poblacion formada de Gitanos, à quienes ni los aldeanos mas pobres se dignarian de dár por mugeres sus hijas.

31 Pasemos de los principios à los progresos. Es verdad, que conquistaron los Romanos el mundo. ¿Pero cómo? del mismo modo que conquistaron à España. Usando de la perfidia, del dolo, de la alevosía, siempre que no